





# UNA NOCHE DE LUCES GUÍAS



Fernando Díaz Lozano

UNA NOCHE DE LUCES GUÍAS



Primera edición: marzo de 2023

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Fernando Díaz Lozano

ISBN: 978-84-19748-24-9

ISBN digital: 978-84-19748-25-6

Depósito legal: M-7763-2023

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mis padres, por su infinito amor y enseñarme  
que la vida es un eterno transformarse.*

*A mi esposa, porque sin ella mis sueños  
no se harían realidad.*

*A mis hermanos de dados, por vivir  
en la Región de los Cuatro Dominios.*





# I

Isabela Gabaldón estaba decidida a no dejar que este proyecto lo trabajara un robot. Por eso permaneció despierta durante 26 horas desde que lo empezó. Sin embargo, después de tanto esfuerzo, los ojos comenzaban a mostrarle garabatos en lugar de los números, tablas y gráficos de la pantalla holográfica. Su cuerpo le exigía regresar a casa, al menos hasta que pudiera recuperar algo de fuerza.

Isa, así le gustaba que la llamaran, se levantó de la silla en su oficina del piso 120 de la Torre Gabaldón y los garabatos de inmediato se desvanecieron, las luces adquirieron un tono celeste sombreado y la puerta de cristal se abrió, anticipándose a su deseo de retirarse. Ella tenía ojos azules y un largo cabello castaño, atado en un moño. Llevaba tacones altos, una falda negra ceñida al cuerpo y una camisa púrpura abotonada. Cualquiera otra persona luciría bien con ese vestido, Isa lucía fantástica.

Media hora después, Isa montaba el metro aéreo que la llevaría a su casa. Las señales de tráfico flotantes indicaban que todavía le faltaba algún tiempo antes

de llegar a su apartamento ubicado en el complejo Parques del Roble. Su mente divagaba imaginándose una pradera, un sol que acariciaba su rostro y un árbol que le proporcionaba sombra para que pudiera descansar. Isa estaba tan cansada que se quedó profundamente dormida.

## II

—Isabela —alguien sacudió suavemente sus hombros con la esperanza de conseguir que abriera los ojos, pero ella estaba dormida e inconsciente de todo lo que sucedía a su alrededor—. ¡Bela, despierta! Por todos los pozos perdidos, es casi imposible despertarte cuando buscas visiones, ¿sabías eso? —un muchacho de barba reñida le protestó. Llevaba puesta una ligera armadura de cuero sobre sus ropas—. Tenemos que irnos, la Hermandad nos ha encontrado. Los Pozos Perdidos ya no es un sitio seguro.

Bela negó con la cabeza y luego abrió los ojos; estaba sentada sobre una roca cerca de un pilar de madera debajo de un muelle. Era de día y la luz del sol se filtraba entre las aberturas de los tablones encima de ella. Usaba unos rojos pantalones remendados y un chaleco azul pálido sobre una camisa, también roja.

—¿Dónde están la llave y la carta? —preguntó.

—Yo las tengo—respondió el muchacho sin vacilar.

—Excelente, debemos llegar al faro antes de que descubran que nos dirigimos allí, de lo contrario, mi cabeza rodará —comentó.

—¿Qué estabas viendo esta vez? ¿Algo útil? —le preguntó el muchacho.

—Lo siento, Sig, creo que era solo un sueño esta vez, nada útil. Se trataba de una torre de cristal muy alta y una mujer cansada de trabajar.

—Bueno, tal vez la próxima vez —dijo Sig—. Pedí prestado un bote de remos, está al otro lado de los muelles, entre unos arbustos. Podemos utilizarlo para ir al faro; es tarde ya y debemos llegar antes del anochecer.

—¿Y se puede saber de quién lo tomaste prestado? —enfaticó en la palabra prestado.

—No lo sé, simplemente estaba allí cerca de una tienda —Sig se dio cuenta de que Bela lo observaba con una de esas miradas que dicen más que mil palabras—. Por supuesto que vamos a devolverlo.

—Tú lo vas a devolver, yo no tengo nada que ver con eso —ella se puso de pie y miró cuidadosamente alrededor de los muelles buscando cualquier cosa que pareciera sospechosa, como por ejemplo un miembro de la Hermandad. Por suerte, el único alrededor era un viejo borracho vestido con harapos y él no parecía ser una gran amenaza, o estar interesado en ellos, a menos que se vaciara su botella de licor.

Bela y Sig subieron una pequeña cuesta que conducía al camino alrededor de la costa. Los Pozos Perdidos sería un triste pueblo olvidado y desgastado por el tiempo si no fuera por el antiquísimo templo ubicado en la cima de su colina. Todo alrededor lucía como si tuviera miles de años, incluyendo sus habitantes, que

parecían tener una fascinación por beber y dormir. Bela estaba muy agradecida por estos pasatiempos, ya que les proporcionaba una clara ventaja para moverse sin ser vistos.

Ella era una fugitiva perseguida por la Hermandad de las Espadas Gemelas, guardianes de la paz en la Isla de Froguero. Fue acusada de un crimen que no cometió: asesinar de forma sanguinaria a un miembro de la Hermandad. Su investigación la llevó a un faro cerca del pueblo costero conocido como Los Pozos Perdidos. Estaba decidida a encontrar al verdadero culpable de esta atrocidad. Sig también trataba de ayudarla a limpiar su nombre.

Momentos más tarde llegaron a los muelles donde se encontraba el bote. No eran más que unos maltrechos tablones que crujían con cada paso. La tienda se alzaba justamente frente a los muelles. Bela y Sig rodearon la casa y buscaron cualquier evidencia de que estuviera habitada, pero llegaron a la conclusión de que nadie vivía en su interior. Después de una breve búsqueda, se dirigieron a la embarcación.

—¿Este es el bote? —la pregunta era muy obvia, pero Bela la hizo a propósito. El bote de remos parecía haber visto días mejores; era pequeño y de un tono marrón, aunque inicialmente pudo ser blanco. Alrededor de cuatro personas podían caber allí sin sentirse apretadas, contaba con un asiento individual en el interior, de modo que uno de ellos podía dirigir el bote remando, y ese iba a ser Sig, Bela sería solo un espectador.

—Es un milagro que todavía flote —opinó Sig—. Imagínate, te voy a llevar en un viaje romántico a través de un río encantado de aguas claras y árboles altos, mi dama —y al decir esto se inclinó, con una mano extendida hacia Bela.

—No me llames así, y te informo de que prefiero remar yo misma y que un cadáver fuera mi cita —respondió a la broma y abordó el bote—. Y lo haría si no tuviera que buscar en visiones al culpable.

Sig desató el bote del muelle y subió.

—Espero que tu intuición sea la correcta y nos encontremos algo en ese faro que nos ayude. He oído que ha estado...

—¿Abandonado por más de cincuenta años?

La voz que interrumpió provenía de la casa. Bela volvió la cabeza y vio a una mujer de mediana edad, de pie en el muelle justo al lado del bote. Llevaba una falda larga, de color verde oscuro, una camisa de manga larga y un sombrero simple.

—Por Dios, mujer. ¡Qué susto nos has dado! —ladró Sig.

—Habla por ti mismo —respondió Bela sin apartar su mirada de la mujer—. ¿Quién eres y qué es lo que quieres?

—Se han visto luces brillantes y se han escuchado gritos en las últimas semanas —se arrodilló y se sentó en el borde del muelle con las piernas colgando, sin quitarles la mirada—. No me gustaría ir al faro si fuera ustedes, y menos en la oscuridad de la noche —advirtió.

—No tengo otra opción, es eso o ir a la prisión de Edvoria por un crimen que no cometí. Y todavía no me has dado tu nombre —Bela no estaba segura de quién era la mujer o de dónde venía, sobre todo porque ella investigó el área alrededor de la casa antes de subir al bote. Fue solamente un vistazo rápido, pero pensó que era suficiente como para detectar a alguien como ella.

—Eres enérgica y valiente, eso me gusta. Mi nombre es Loria, esa es mi tienda —señaló a la cabaña—, y este es mi bote.

—Lo estamos tomando prestado, vamos a devolverlo... por supuesto —dijo Sig. Bela lo miró con los ojos entrecerrados.

—Me gustaría mucho ir con ustedes. Con tres personas estaríamos más seguros.

Ella no pedía permiso ni autorización. Bela dudó por un momento, pero se sintió obligada a decir que sí. Después de todo, era su bote.

—De acuerdo, pero no soy responsable de lo que te suceda —Loria sonrió mientras subía a la barca y se sentó junto a Bela. Sig encaminaba ya el bote desde las aguas poco profundas hacia mar adentro, acto seguido remó en dirección al faro—. Ahora, si me disculpan, voy a cerrar los ojos por un momento —dijo Bela.

Tenía una capacidad extrasensorial poco común de percibir el presente, el pasado o el futuro de algo o alguien. Esta habilidad le sirvió bien en el pasado, pero lamentablemente nunca fue capaz de controlarla. Parecía tener mejores resultados al tomar siestas cortas. Ahora

pretendía ver lo que sucedió la noche del asesinato que la trajo hasta aquí, quién en realidad era el culpable o dónde iba a estar. Pudo ver algo en la distancia, pero no era un faro, sino varias torres de cristal, una al lado de la otra, casi como formando una pared gigante. Justo en ese momento, sintió una presencia frente a sus ojos.





